

región parisiense, á saber, la que por Valmondois, Pontoise, Jouy-le-Moutier y Andressy se apoderó del borde de la rampa caliza y en la cual se suceden, en disposición lineal, castillos, fortalezas, iglesias y esas ricas aldeas que en pendientes ó gradas abiertas en la piedra descienden hacia los huertos. Obsérvese el siguiente rasgo característico: los campos más antiguos, las más viejas ciudades y á menudo los más hermosos edificios han sido instalados en los contornos siempre limpios de la caliza, siendo buenos ejemplos de ello Pontoise, Clermont, Saint-Leu-d'Esserent y Luzarches, y también esé *castrum* de la orilla izquierda del Sena que se alzaba en el terromontero de Sainte-Genevieve y dominaba á la pequeña Lutecia insular.

IV.—Arenas, gredas y bosques al Sur del Sena

Así como al Norte del Sena las capas más antiguas (eocena) de las formaciones terciarias son las que ocupan la superficie, en la orilla izquierda, por el contrario, son las capas más recientes las que gradualmente adquieren preponderancia. A las calizas de Brie, que no tardan en desaparecer, suceden, hacia la Ferté-Aleps, Arpajón y Montlhery, las arenas de Fontainebleau cubiertas por las calizas de Beauce, introduciéndose con ellas una topografía diferente, de elementos más sencillos.

La caliza de Beauce había ya aparecido al Norte del Sena, pero en pequeños fragmentos: en la cumbre del monte Pagnotte, que en Pont-Saint-Maxence se eleva hasta 220 metros sobre los oquedales del bosque de Halatte, aparece un trozo de esta caliza; en las cimas de la Hautie la encontramos también encima de las arenas á una altitud de 168 metros; al Sur del Sena, en las mesetas recortadas por el pequeño río Orge, el nivel en donde existe ha descendido ya entre 160 y 150 metros. Pero hasta Dourdan y Etampes no se muestra sino en los intervalos que festonean los linderos de bosques que crecen sobre arenas, y sólo al Sur de Etampes toma por entero posesión de la superficie, no excediendo desde aquel punto su nivel de 140 metros. Estas diferencias de altitud expresan un hecho importante en la historia geológica de la Cuenca parisiense: las calizas lacustres han estado sometidas, con posterioridad á su depósito, á un movimiento de inclinación rápida hacia el Sudeste; al Norte del Sena han sido casi totalmente arrastradas por las corrientes, al Sur subsisten en porciones más extensas, pero hasta una distancia de 50 kilómetros no reinan en absoluto en la superficie del suelo y el Hurepoix no cede su puesto á la Beauce.

Es costumbre designar con el nombre de Hurepoix la región resultante de este entrecruzamiento de mesetas calizas y de valles arenosos. Las mesetas no presentan todavía la sequedad que su permeabilidad extrema les comunica en la Beauce, sino que en su superficie hay humedad y hasta algunos estanques entretenidos por arcillas molares debidas á una transformación silícea, á la cual no es ajena la proximidad de las arenas. Aunque la afinidad con la Beauce sea real y sensible (1),

(1) Esta afinidad parece haber sido reconocida en la nomenclatura usual; así por ejemplo, encontramos el nombre de *Alta Beauce* más arriba de Dampierre y la *Pequeña Beauce* al Sur de Saint-Cheron (mapa al 80.000°, hoja de Melún).

las granjas están menos espaciadas y en todas partes aparecen los campos llenos de manzanos. Además, no es preciso nunca recorrer largos trechos en esas superficies agrícolas para encontrar algún lindero de bosque debajo del cual se abre en forma de circo el comienzo de un valle que muy pronto se estrecha y se hunde entre gredas y arenas, pinos, brezos y abedules.

Estas arenas, restos de la última transgresión marina que invadió el centro de la Cuenca parisiense, pertenecen á una larga zona que desde Nemours á Fontainebleau se desarrolla diagonalmente hasta más allá de Rambouillet y de Montfort-l'Amaury, y en todas partes se manifiestan por los mismos rasgos fisonómicos: unas veces son convexidades de greda que, como en Nemours ó en Milly, cubren los taludes en la proximidad del gran bosque, ó son el bosque mismo con su dédalo de escombros y de cavidades, con sus malezas de enebros y de helechos y con aquel suelo ligero y ardiente que exhala un perfume embriagador de hojas de pinos. Otras veces, como en Lardy y Bourón, la greda se extiende en largas barras oscurecidas por los árboles que parecen cerrar el horizonte, ó se proyecta en promontorio sobre la llanura, como en Monthery. Cerca de Fontainebleau y de Rambouillet, las aguas se filtran bajo la superficie; pero al Sur de París, la prolongación de las calizas impermeables de Brie sirve de sostén y retiene las aguas en la proximidad del suelo. La formación de valles se ha realizado, por consiguiente, con toda facilidad al través de las arenas friables hasta encontrar capas consistentes; así el Bievre, el Orge y el Ivette han podido modelar una pequeña comarca de cañadas ramificadas que constituye una excepción notable, única en la región parisiense.

Sean las arenas ó las gredas las que formen las paredes de estos valles; ora se ensanchen éstos en hemiciclos, ora se encierren entre dos empinados taludes cubiertos de bosques, siempre su fondo llega hasta las capas que con el agua hacen reaparecer los estanques, los pantanos, las praderas. El agua, filtrada por las arenas, corre muy pura; en un pliegue del suelo se constituye un pequeño mundo encerrado entre bosques y praderas; el verde sombrío de los pinos da cierta austeridad á estos paisajes; y allá en lo alto, muy á parte, extiéndense las campiñas, los países ocupados y explotados desde tiempo inmemorial. Se comprende que estos valles húmedos y apartados hayan servido de asilo á abadías antes de ser solicitados por la vida de castillos y de veraneo; Gif, Cernay y Port-Royal estaban allí en su verdadero lugar.

Pero estos valles de laderas de arena y de fondos anegados ofrecían escasos recursos; así, á pesar del veraneo moderno, la pobreza rural se manifiesta todavía en ellos por la miseria de las viviendas. Las aldeas que se oprimen al pie de las pendientes no tienen espacio más que en las confluencias de los valles; nada hay en ellas que se parezca al aspecto opulento de las aldeas de la caliza parisiense ni á ese variado desenvolvimiento que permite á las poblaciones escalonarse en las laderas de los valles. Los monumentos característicos del pasado son, además de las abadías, ruinas feudales que se alzan en los linderos de los bosques dominando los paisajes, vigilando los horizontes y evocando recuerdos de inquietud y de bandolerismo.

CAPITULO V

PARÍS

Entre los bosques que ocupan las arenas de las alturas y las gravas que encierran alrededor de París los brazos fluviales, distínguense intervalos que siempre han sido poco poblados de árboles, que han estado bañados por el sol y que se han hallado más ó menos al abrigo de las inundaciones. Al Sur, la meseta limosa, de subsuelo calizo, de Villejui, que desde una altura de 60 metros domina el valle del Sena, se intercala entre los montes forestales que subsisten aún en la Brie y los del Hurepoix, y se nos presenta llena de canteras y de galerías subterráneas y cubierta de sembrados que se extienden hasta las puertas de la capital. Al Norte, entre los bosques de Bondy, por una parte, y los de Montmorency y Carnelle, por otra, no tardamos en ver agrandarse una plataforma fértil y seca que se suelda á la del Valois. Estas campiñas limosas y permeables, inmediatamente contiguas á la gran lazada del Sena, son las que, antes de que la Brie se despojara de sus bosques, permitieron la existencia de una agrupación de poblaciones, las que formaron ese primer núcleo de cristalización que es el rudimento de toda sociedad humana. Los hombres encontraron fácilmente en ellas alimentos y á la vez materiales de construcción, es decir, las condiciones de estabilidad y de desarrollo, y á las poblaciones que allí se establecieron no les fué luego difícil aprovecharse poco á poco de las diversas ventajas que ofrecía la región en donde habían elegido su domicilio y ejercitar su ingenio en una porción de combinaciones nuevas con que les brindaban las sinuosidades de los ríos, los accidentes de las colinas, los claros de los bosques.

En nuestro país el hombre ha ocupado desde los tiempos prehistóricos comarcas menos favorecidas que estas. Alrededor de París abundan los vestigios de antiguas estaciones en Chelles, Villejuif y Grenelle. Como en otros sitios privilegiados de la Europa central, por ejemplo Praga y Viena, manifiéstase allí desde muy pronto la *virtud* del lugar: los establecimientos se suceden incorporándose cada vez más al suelo; las poblaciones se aseguran de las posiciones de refugio ó de defensa justificadas por las ambiciones que el lugar despierta, y se mantienen y se abastecen en los puntos ocupados. Estas agrupaciones son ya gérmenes de importancia política.

Desde los más remotos tiempos históricos abundan en la región parisiense las aldeas, los burgos y las pequeñas ciudades, según se ve por las cartas de donación, por los cartularios y por las narraciones de guerras y de devastaciones. ¡Tantos cebos había preparado aquí la naturaleza á la elección de los hombres! Las islas que se encuentran después de la confluencia del Marne y del Sena, ofrecían además de un asilo la ventaja del contacto inmediato del río; y al pie ó encima de las rampas calizas había espacio para una serie de establecimientos á los que la hermosa piedra parecía solicitar y de los cuales unos se alinean efectivamente en la base, y otros, tal vez más antiguos, se han situado estratégicamente en los promontorios, en las mesetas y en las terrazas. Pero había también junto á las colinas, en los linderos de las

arenas, encima y debajo del nivel de fuentes de las arcillas verdes y en los recortes de los yesos, sitios á propósito para variar los cultivos y establecer plantaciones y huertos. Las mismas colinas vieron surgir las aldeas unas encima de otras á diversas líneas de alturas, que si el río ejercía su atracción, también acabó por ejercerla el bosque, gracias á los manantiales que brotan á su alrededor. Los más pequeños relieves, que en esta región abundan, sin ser muy pronunciados, dieron origen á alguna aldea, á algún punto de agrupación.

De este modo muy pronto se humanizó la región, en la cual se manifiestan desde los tiempos más antiguos los indicios de una vida activa y espontánea, pudiendo decirse que los alrededores de París tuvieron siempre un aspecto animado y lleno de vida que nunca tuvo Roma y que aun actualmente no tiene Berlín. Hoy la gran capital es el foco de emisión de esa vanguardia de casas que la precede como un ejército en marcha, invadiendo la llanura, escalando las alturas y sumergiendo colinas enteras; pero antiguamente los burgos ó aldeas, muchos de los cuales han sido englobados en la capital creciente, tenían su existencia propia debida á las condiciones locales que favorecían doquier el nacimiento de pequeños grupos.

La impresión que se recoge en los primeros testimonios que hablan de esta región parisiense, es la de una naturaleza sana y vivaz, en la que el suelo, el clima y las aguas se combinan en una armonía favorable al hombre. Este país conservó largo tiempo una fisonomía de terreno de caza gracias á los abundantes bosques que casi lo rodean y que en algunos sitios llegan á introducirse en él; y, sin embargo, este mismo país estaba ya desde hacía mucho tiempo bastante desarrollado y civilizado para que en él se encontrara á gusto un espíritu refinado como Juliano. Siempre se recuerda con agrado aquel pasaje del *Mysopogon*, en el cual, como en amargo reproche á las grandes y pobladas ciudades con las cuales estuvo siempre en antagonismo ó en disputa, describe «su querida Lutecia;» su acento es verdaderamente delicado, como impregnado de frescura matinal; el escritor filósofo y el hombre de acción que en él se juntaban sintieron bien el encanto y el sabor del lugar.

Esta pequeña estación de bateleros y pescadores instalada en una isla tenía una preciosa prenda de porvenir en el río cuyas ramificaciones la envolvían. El río fué el alma de la ciudad que iba creciendo de día en día, dibujándose á su alrededor, amoldándose por igual á sus dos orillas y siguiéndole durante los 12 kilómetros de la curva inmensa y verdaderamente subterránea que entre sus muros describe. El río, completamente abierto por su orientación á los rayos del sol, que al salir le envía sus primeros destellos y al ponerse ilumina uno de los más maravillosos panoramas urbanos que verse pueden, traza al través de la ciudad una gran corriente de aire y de luz. Forma parte esencial de la estética parisiense; se asocia á las escenas pintorescas representadas en las viejas estampas, cuando sus orillas, río abajo, llenas de barcas y coronadas de molinos, daban todavía libre acceso á los rebaños; y refleja también su fisonomía histórica, ya que en la curva orlada de edificios que va desde Nuestra Señora hasta la plaza de la Concordia, pasando por el Louvre, se desenvuelven sucesivamente

la gravedad del siglo XIII, la gracia del Renacimiento y la elegancia del siglo XVIII.

París podría dar á su río los calificativos de gratitud que de sus ribereños obtienen el Volga, el Rhin ó el Ganges, puesto que el Sena centraliza en provecho de la capital todos los recursos de la Cuenca y entre Romilly y París, en una extensión de 130 kilómetros, recibe uno tras otro casi todos sus afluentes. No debe juzgarse al Sena por la humildad de sus comienzos ni por la modesta longitud de su curso; su grandeza es hija de un crecimiento progresivo y su elegante armonía refleja la belleza apacible de las campiñas por donde corren sus aguas. Hasta Montereau es un río de caudal reducido (1) que aumenta lentamente cuando las lluvias prolongadas del invierno han elevado el nivel de las fuentes de su cuenca y que entonces baña durante semanas las praderas con sus límpidas olas. Su pendiente, ya muy escasa, todavía disminuye y en las inmediaciones de París no es más que de 15 centímetros por metro ó sea tres veces menor que la del Loira en Orléans. Su volumen se triplica y su anchura se duplica con la llegada del Yonne, río más caudaloso y sobre todo más irregular, cuyas crecidas, especialmente «los hervores de mayo,» pueden llegar á ser de 1.200 metros cúbicos por segundo, pero que deja de crecer cuando á su vez empieza la crecida del Sena. Finalmente, cuando el Marne ha vertido sus aguas verdes, aunque á menudo turbias, que poco á poco se mezclan entre los muelles de París con las más oscuras del Sena, el caudal de éste aumenta en un tercio y en lo sucesivo ya no baja, ni en sus momentos más débiles, de 45 metros cúbicos. Desde entonces el régimen está equilibrado: amortiguado por la pendiente y por la gran proporción de terrenos permeables que atraviesa, el Sena no tiene las bruscas palpitaciones que en menos de diez días hacen subir ó bajar al Garona 11 metros, sino que tarda algunas semanas en realizar oscilaciones mucho menores. Estas crecidas se producen en París especialmente en diciembre y en marzo y á veces algo más tarde. Y aun de cuando en cuando hay inundaciones memorables, como las de febrero de 1658 y diciembre de 1740, cuyos estragos podían ser grandes dado el número de molinos y puentes de arcos estrechos que estrechaban el río; pero todo esto no puede compararse con los furiosos del Loira ó del Ródano. De modo que en París el río ha adquirido toda su fuerza; ya no se halla amenazado de sequías excesivas y nunca desciende á tan bajo nivel como el Loira en Orléans ó el Garona en Tolosa. Sin ser inofensivo, es disciplinable, y aunque el Oise aumenta su caudal, no modifica su régimen, pudiendo, por consiguiente, considerarse que el Sena queda terminado en París.

La estación de los *Nautae Parisiaci* era simplemente una etapa de la navegación fluvial, habiéndose convertido en un depósito gracias á la variedad de recursos que encierra el interior de la Cuenca. Toda la región que se extiende desde Clamecy, Auxerre, Troyes, Arcis-sur-Aube y Saint-Dizier no tenía con el mar más comunicación que por mediación de París, y esta ciudad estaba indicada por su posición geográfica para el cambio de los vinos y de las maderas de la Borgoña por las sales, las lanas y los pescados ahumados de Normandía.

(1) Entre 10 y 300 metros por segundo.

La extensión de las empresas comerciales creó allí un centro de abadías florecientes y más adelante la gran asociación del *Tráfico del Agua*, y á medida que se fué acumulando en este punto la población, gravitó en los alrededores un grupo de satélites. Hubo entonces las etapas desde donde se navegaba hacia París y aquellas otras hacia las cuales se descendía desde la capital, tales como Meaux y Lagny, Melún y Corbeil, Creil y Pontoise, Poissy y Mantes, puertos de los cuales dependía su aprovisionamiento y desde donde, como sucedió en varias ocasiones, «se podía obligar á hacer dieta á los parisienses.»

Las relaciones terrestres, sin ser tan decisivas, presentaban también sus ventajas, ya que la isla parisiense ofrecía un paso fácil para llegar al Sur. Esta isla se halla inmediatamente dominada por la meseta caliza cuyo obstáculo obligó al Bievre á desviarse hacia el Norte y que avanza como calzada natural en dirección á Orléans. La anejió de largos arrabales que cortan el Sena en ángulo recto, lo mismo al Norte que al Sur, es uno de los primeros lineamientos que se marcan en la topografía de la ciudad cada vez más grande, lo cual se debe á que al Norte, entre los terroneros de Chaumont y de Montmartre, casi enfrente de la urbe existe un hueco en el anfiteatro de colinas. Por una especie de depresión de unos 2.800 metros de ancho se llega directamente á la llanura de Saint-Denis y á las mesetas agrícolas que la siguen, situadas á su mismo nivel, no oponiéndose por aquel lado obstáculo alguno á las comunicaciones con el Valois y el Soissonnais. Fué este, en todo tiempo, un punto comercial adonde iba á parar el camino de las Flandes que pasaba por Crepy, Roye, Peronne y Bapaume, y los comerciantes procedentes de Crepy-en-Valois alcanzaban en Saint-Denis la lazada septentrional del Sena, sin necesidad de atravesar bosques ni ríos. En esta región se establecieron las ferias del Lendit, de Saint-Ladre y de Saint-Laurent, la primera cerca de los ribazos del Sena y las otras en el boquete que se abre entre Chaumont y Montmartre; y obedeciendo á esta persistencia notable debida á la precisión de las líneas de la topografía parisiense, de este boquete, hoy lleno de fábricas, arrancan las principales corrientes de vida comercial, canales y ferrocarriles, que se dirigen á los Países Bajos, á Londres y á Alemania. A pesar de todo, París no se halla situada en la diagonal más directa del Ródano al mar del Norte, de Italia á las Flandes, y sus ferias jamás tuvieron la importancia internacional de las de Champaña; antiguamente, como ahora, esta ciudad fué principalmente una capital interior.

No hemos de seguir el desarrollo histórico de París, desarrollo que, una vez instalada allí definitivamente la realeza y constituída la Universidad, se enlaza más ó menos íntimamente con la historia misma de Francia. La geografía no se desinteresa ciertamente de ella, pero ya no representa el principal papel. Nos basta, pues, haber estudiado dónde y cómo se depositó el germen del ser futuro, cómo creció una planta vigorosa que ningún viento de tempestad pudo desarraigar, y haber demostrado que en esta vitalidad se dejan sentir la acción de una poderosa savia procedente del suelo y un entrelazamiento de raíces tan perfectamente desarrolladas en todos sentidos que es imposible extirparlas ó cortarlas todas.

CAPÍTULO VI

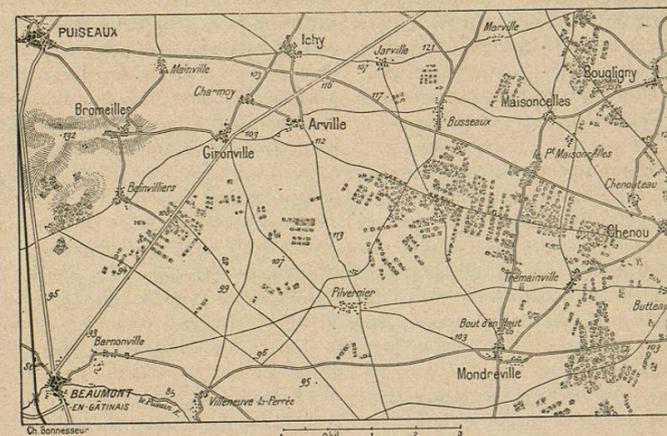
LAZO DE UNIÓN DE PARÍS CON EL LOIRA

Beauce

La Beauce se anuncia desde las inmediaciones de París y está constituída por los mismos travertinos lacustres que revisten la meseta recortada por los valles del Orge y del Ivette. Pero las arenas que aquí facilitaron el trabajo de las aguas se hundieron cada vez más en el subsuelo y acaban por perder toda influencia sobre la fisonomía de la superficie. Al Sur de Epernon, de Dour-

nura sin pendiente que en un espacio de 28 kilómetros cuadrados apenas contiene unas pocas viviendas. En el limo, por el contrario, á falta de árboles y de praderas reina la opulencia de los sembrados: éstos extienden allí «esa alfombra de oro nutricia» que ha hecho proverbial á esta región; los grandes rebaños toman luego posesión del barbecho y en invierno grandes bandadas de cuervos invaden los campos.

La naturaleza del suelo con el sistema de existencia que de ella se deriva es lo que define la región que nos ocupa y que por su relieve apenas se distingue de las regiones vecinas. Ninguna parte de Francia en igualdad de superficie presenta la uniformidad de nivel que ofre-



PARTE NO CUBIERTA DE LIMO EN LA CALIZA DE BEAUCE

Esta parte de la meseta caliza de Beauce presenta, entre el Essonne y el Loing, una superficie casi deshabitada. Privada de la capa de limo que asegura su fertilidad, la Beauce deja de merecer y de llevar su nombre

dán y de Etampes, la caliza lacustre, despojada ya de las capas de arcilla asperonada que mantenían cierta humedad, impera en capas profundas. Entonces cambia por completo el aspecto de la comarca, bastando subir una última y corta rampa al través de las arenas para ver cómo de repente se extienden llanuras continuas que parecen interminables.

Esta caliza grietada y permeable es incapaz de retener las aguas, de manera que en grandes extensiones faltan lo mismo valles que ríos. Entre Chartres y Artenay, hacia el lindero de Orléans, pueden recorrerse más de 50 kilómetros sin encontrar una corriente de agua; los árboles se van haciendo cada vez más raros y en ninguna parte se encuentran señales de una vegetación silvestre como la que en fragmentos nos ofrece en todas partes la Brie. Afortunadamente cubre la superficie una capa de limo, menos espesa que en Picardía, pero suficiente en el espacio comprendido entre Etampes, Chartres, Artenay y Pithiviers, y la vida de la región va unida á la existencia de esta capa roja y friable que el arado surca en largas y delgadas fajas, sin árboles ni zanjas. Allí donde esta capa falta y donde la aparición del agua no vivifica la superficie, el país es un desierto: tal sucede al Este en los confines del Gatinais, en donde puede verse, entre Puisseaux y Chateau-Landón (1), una lla-

(1) Mapa topográfico al 80.000°, n.º 80, hoja de Fontainebleau.

ce la que se extiende al Sur del Sena, desde Elbeuf á Montargis. Entre escasos valles que las dividen en compartimientos distintos, las llanuras suceden á las llanuras y las campiñas á las campiñas sin que en esas plataformas lisas la altitud se aparte de la cota media de 150 metros: de este modo se suceden *Campiña de Neubourg*, *Llanura de Saint-André*, *Thimerais*, *Beauce* y *Gatinais*, formando en apariencia una sola y vasta región abierta entre el Perche, el Sena y el Loira.

La Beauce, sin embargo, tiene su individualidad dentro de este conjunto: sin que el relieve varíe notablemente, el aspecto se modifica alrededor de ella, unas veces bastante bruscamente, otras por grados, pero siempre de una manera suficientemente pronunciada para que el instinto popular, único autor responsable de su denominación, distinga los casos en que ésta se aplica.

Hacia el Noroeste de la Beauce, en la dirección del Perche, es en donde las diferencias son más graduales y más atenuadas; en efecto, las capas limosas se extienden también en esta dirección sobre las llanuras que el Eure y sus afluentes festonean, pero que son menos continuas y menos extensas y aparecen interrumpidas ya al Oeste de Chartres, en el Thimerais, más aún en las inmediaciones de Dreux y sobre todo en las cercanías de Evreux, por anchas porciones de un suelo enteramente distinto. Algunas arcillas rojas mezcladas con

almendrillas de sílice se ostentan en la superficie de las mesetas ó guarnecen las cornisas de los valles; y es que efectivamente en estas regiones situadas ya fuera de los límites de la caliza de Beauce, la greda forma el basamento del suelo, como puede verse en las laderas secas y suavemente ensanchadas de los valles. La arcilla silicea, que parece ser una forma especial de alteración de la greda, engendra un suelo casi estéril en el que sólo pueden prosperar los bosques; y entonces la selva, desconocida en Beauce, aparece en masas cada vez más extensas y con ella aparecen los estanques, la naturaleza y el nombre de Gatines (1). De esta manera se establece entre las campiñas agrícolas y el Perche una especie de transición que se nota, aun fuera de los bosques, por la abundancia de los árboles y por los setos vivos que se multiplican en torno de las alquerías. Aquello no es todavía el verdadero Perche, pero ya algunos nombres acreditados por el uso y significativos, tales como *Petit-Perche*, *Perche-Gouet*, especifican comarcas que se le parecen.

Algunos poblados como Illiers y Brou, centros de cambio entre la Beauce y estas avanzadas del Perche, tienen ya un carácter mixto. Las viguetas y las maderas que entran en la construcción de las casas, los huertos que las rodean y los manzanos que se multiplican en los campos, evidencian en mil detalles la alteración del carácter de la Beauce; el Loir, con sus nacientes afluentes, recorre esa comarca con su corriente llena de hierbas, lenta y profunda.

El paso de una región á otra es más marcado al Sudoeste, en la lengua de tierra que limitan el Loira y el Loir. El extenso bosque que en la Edad media cubría el suelo silicoso de la Gatine turenese aparece aún en fragmentos sueltos entre Blois, Chateaufort y Montoire. Pero al contacto inmediato del país diferente que comienza, afirmase el nombre de Beauce en muchas localidades con una insistencia que explica el contraste: Huisseau, Marcilly, Saint-Amand, Champigny, etc., se denominan «en Beauce» y en ella están efectivamente á pesar del bosque de Marchenoir que al Norte de ellas se extiende.

Asimismo, hacia el Este, Pithiviers conserva con energía su carácter de localidad de la Beauce; pero unos veinte kilómetros más lejos desaparece el limo y en Beaumont, Beaune-la-Rolande y Mezieres empieza la Gatine. Y es que con el cambio de paisaje y de suelo comienzan también otros sistemas de vida. Hacia mucho tiempo que el cultivo en gran escala hallábase instalado y constituido en los campos de la Beauce y todavía el país vecino no era más que un terreno pobre sembrado de estanques y envuelto en brumas, en donde se establecían al azar algunos miserables obreros que las más de las veces no podían pagar el arrendamiento que se les imponía.

La Beauce no es, pues, una circunscripción territorial, sino la expresión de una forma de suelo y de existencia cuya noción perfectamente clara sólo existe en el espíritu popular. Sería una quimera buscarle otros límites y no debe extrañarnos que el nombre reaparezca á veces esporádicamente traído por la naturaleza de los lugares; así volvemos á encontrarlo, en apariencia extra-

(1) Saint-Germain-en-Gâtines, al Norte de Chartres.

viado, hasta en los confines del Perche ó en pleno Hurepoix. Pero habrá siempre una comarca que es la Beauce por excelencia, porque en ella este tipo de naturaleza ostenta franca y plenamente sus caracteres, y esta comarca es la que desde Etampes hasta Pithiviers, Artenay, Patay y Auneau se desarrolla en su uniformidad sin mezcla. Los riachuelos que en pequeño número festonean la periferia de la Beauce no se muestran en esta especie de escudo convexo más que por algunas ligeras entalladuras en seco ó por el comienzo de *rouches* ó líneas de pantanos. Sólo existe allí la vida de *llanura*, con exclusión de la variedad que trae siempre consigo la vida de valle, concentrada en grandes aldeas aglomeradas alrededor de pozos que no alcanzan el agua sino á una gran profundidad y desprovistas de esos árboles y de esos jardines en medio de los cuales se desarrolla la aldea picarda. La caliza, siempre próxima á la superficie, proporciona buenos materiales, sea para la construcción de casas, sea para el empedrado de los caminos, y el granjero de Beauce, cómodamente alojado, circula en calesín por largas carreteras que se dirigen hacia el horizonte y la idea de una vida abundante se asocia al país en que habita y entra en sus costumbres y en sus necesidades.

Aquí, como en toda la longitud de la periferia, la comarca forestal se opone á la del limo. Pero los bosques no están lejos; desde cualquier campanario de la llanura se ve la línea oscura que indica el inmenso bosque de más de 34.000 hectáreas que las arenas crearon al Norte de Orleans y que es la antítesis y á la vez el complemento de la Beauce, el marco forestal de que ésta tanto necesita. En la existencia uniforme y tradicional del cultivador beaucense constituía una fiesta periódica el ir allí todos los años á hacer provisión de leña. El bosque es para él un país exterior como la montaña lo es para el habitante de la llanura: no se siente en él en su propio elemento, sino que va allí de jira campestre, allí encuentra otros hombres y otras costumbres (2) y de allí saca cuentos y extrañas historias. A veces, en esas selvas tan extensas de otro tiempo, algún rincón retirado ó algún árbol más venerable conservan su leyenda que encierra algún recuerdo del antiguo naturalismo pagano.

Entre las cosas de que carece la Beauce, la principal es la variedad de relieve: en la parte central que hemos descrito no hay valles y por ende promontorios rocosos en donde puedan situarse, como á orillas del Loir, aldeas y castillos fuertes. En una época remota, los habitantes, á falta de otros medios de defensa, excavaron en la toba margosa del subsuelo esos curiosos laberintos, de los que existen algunos ejemplos, especialmente cerca de Maves, de Suevres y de Pithiviers. En las inmediaciones de las aldeas más antiguas se encuentran esos subterráneos practicados para servir de refugio temporal que casi siempre terminan en un pozo (3) y que vienen á ser el contramolde subterráneo de la aldea de la superficie. La escasez de sitios defensivos, así como la poca variedad de ocupaciones en esta comarca dedicada puramente al gran cultivo, no ofrecían condi-

(2) Obsérvense los nombres de lugares: *Mareau-aux-Bois*, *Chilleurs-aux-Bois*, *Newville-aux-Bois*, etc. (Hoja topográfica al 80.000, número 80, Fontainebleau.)

(3) Véanse en Picardía los refugios subterráneos de Naours

ciones favorables al desenvolvimiento de una vida urbana; por esto en la Beauce propiamente dicha hay poblados y grandes mercados agrícolas más bien que ciudades.

La vida urbana, como la industria, está enlazada con la reaparición de los ríos; de modo que sólo en las laderas de las colinas bañadas por el Eure, el Loir, el Avre y el Blaise encontraron las ciudades lugares propicios á su desarrollo. Entonces la comarca se particulariza y al nombre genérico de Beauce se substituyen ó sobreponen los de *Dunois*, *Chartrain*, *Drouais*. La catedral cuyas dos torres, visibles á 30 kilómetros á la redonda, dominan aquella antigua tierra de sembrados, indica el sitio adonde en otro tiempo fué á buscar su capital este país desprovisto de ciudades; y este sitio tiene un carácter sagrado desde hace más de dos mil años. En efecto, no había aún en el punto en donde debían crecer París y Orleans más que un poblado de pescadores ó un lugar de reunión de mercaderes, cuando ya algo parecido á un pueblo se agrupaba en torno del santuario de los carnutos. Esta dominación, fundada en un territorio llano y fértil, realizaba en el centro mismo de las Galias un tipo antiguo de formación política y constituía entre el Sena y el Loira una especie de extenso claro agrícola en medio de los bosques, separado de los pueblos vecinos, senones ó cenomanos, por verdaderas marcas de terrenos cubiertos de bosques ó pantanosos.

Estas llanuras han sido siempre disputadas porque son el vestíbulo de las avenidas interiores de Francia. No sólo en el siglo xv y en nuestros días se han debatido allí los destinos generales de nuestra patria, sino que estas llanuras de Beauce forman parte de una serie de plataformas que antiguamente, cuando los normandos establecían su dominación en nuestras costas, era para ellos motivo de tentación para avanzar hasta el centro del Loira. Las fértiles llanuras intercaladas entre el Sena y las regiones accidentadas y forestales del Perche parecían trazar una vía de invasiones naturales. La importancia decisiva de los acontecimientos que entonces ocurrían en esta región y la atención de que fué objeto no fueron ajenas al origen de una denominación común que se formó para designarla: en efecto, desde el siglo ix al xii se advierte (1) en los cronistas la aplicación del nombre de Neustria, despojado de su antiguo significado, al país que se extiende entre el Sena y el Loira y á veces también la introducción de un nombre geográfico nuevo, el de *Hurupe* ó *Hurepoix*, para designar la misma región. Es indudable que se trata de apariciones pasajeras en la nomenclatura; pero no lo es menos que estas apariciones tienen su importancia y que se explican por la resonancia de los sucesos históricos de que eran teatro estas comarcas.

Asimismo explican las relaciones naturales que ponen en comunicación las llanuras comprendidas entre el curso superior del Eure y la desembocadura del Sena. De Chartres á Ruán la circulación es cómoda: la vía romana que unía á Ruán y á Lillebonne con la vieja ciudad de los carnutos indica la existencia de relaciones antiguas que seguramente eran más frecuentes antes de que París atrajera la red de caminos (2). En

(1) Longnon, obra citada, págs. 4-5.

(2) Los itinerarios romanos no mencionan ninguna vía directa entre *Autricum* (Chartres) y *Lutetia* (París).

mi concepto, es una prueba de estas extensas relaciones de otro tiempo el entusiasmo que excitó, en el siglo xii, la construcción de la catedral de Chartres entre los normandos de Ruán, los cuales, al decir de su arzobispo, se trasladaron á aquella ciudad para contribuir á la obra común.

Pero lo que prevaleció históricamente fué no la atracción normanda, sino la del centro parisiense. La unión de los dos ríos que se acercan el uno al otro entre París y Orleans, resultado conseguido no sin esfuerzo, ha dirigido hacia París los caminos del centro y del Sur de Francia y nada ha contribuido tanto como esto á meridionalizar esta capital.

CAPÍTULO VII

PARTE MERIDIONAL DE LA CUENCA PARISIENSE:
NIVERNAIS, BERRY, VALLE DE LOIRA, TURENA

La parte meridional de la Cuenca parisiense se apoya en la Cordillera central y en el Morván y reproduce en sus líneas generales la disposición por zonas que caracteriza el conjunto, introduciendo su nota conocida en el aspecto de las comarcas sucesivamente los tipos arcillosos y calizos del sistema jurásico y después los del sistema cretáceo. A las arcillas corresponden los herbajes del Nivernais, á las calizas las *Champagnes* de Bourges y de Chateaufort y á la greda las rocas que circundan los valles turenese. Sin embargo, algunos elementos nuevos vienen á modificar esta fisonomía.

Es preciso señalar sobre todo las capas de depósitos terciarios. Las capas más antiguas están cubiertas por todos lados, sin regularidad aparente, de arenas ó arcillas: las arenas sobre las cuales se extiende la vasta selva de Orleans, nido de brumas y en otro tiempo de pantanos, hacen prever ya al Norte de la curva septentrional del Loira la aparición de ese tipo de comarca que irá siendo más frecuente hacia el Sur. Al Norte de la Cuenca parisiense no faltan ciertamente bosques; pero los del Sur tienen á menudo un aspecto diferente: son los llamados *brandes*, mezcla de bosque, de páramos y de estanques, en los cuales el relieve presenta sólo contornos indecisos, horizontes bajos y suaves, y en cuya periferia sobre todo se hacen más espesos los bosques. Así vemos obscurecidas por líneas forestales las cumbres de las colinas que encierran los valles del Loira y del Cher. Los señores y los príncipes gustaron en determinadas épocas de estas semi soledades abundantes en caza y en ellas construyeron sus castillos: así las siluetas de las torres de Chambord se destacan sobre un paisaje que parece de un cuento de hadas. Pero, por lo general, en esta Francia central en donde se anudan tantas relaciones, esas comarcas de *Brenne* y *Sologne* representan y sobre todo representaban una existencia aparte, pobre, miserable, recelosa; y aun cuando no carecen de cierto atractivo pintoresco, tiene éste algo de extraño y se debe sobre todo á los efectos del atardecer, á los rayos oblicuos que iluminan esas balsas inmóviles, esos brezos y esos juncos que encontramos entre los abedules y los grupos de pinos. Estos lugares eran manchas de aislamiento, de vida miserable, que interrumpían la continuidad de las campiñas fértiles.